

los musulmanes, habían ya empleado los romanos (172).

La sal gema se extraía dondequiera que se hallaba en el interior de la Península, particularmente en la región de Zaragoza. En el litoral del Atlántico y del Mediterráneo se recogían considerables cantidades de sal marina, dedicada a los usos domésticos y a la salazón de las conservas alimenticias. Se explotaban salinas en las isla de Ibiza; pero, lo mismo que hoy, eran los pantanos de agua salada de las regiones de Cádiz, Almería y Alicante los que daban a la España musulmana la mayoría de la sal necesaria para su consumo (173).

La pesca marítima constituía ya en el siglo x una próspera industria, a la que se dedicaban las poblaciones ribereñas, sobre todo en la costa de Andalucía y en el estrecho de Gibraltar, famoso por su abundancia de pesca, valiéndose de redes (*shabaka*, de donde viene el español *jábega*) echadas desde la orilla, o de almadrabas (árabe, *al-madra-ba*) (174), formadas por enrejados de cuerdecillas de esparto, flotadores de corcho y piedras, y destinadas sobre todo a la pesca del atún. La pesca más importante era, sin embargo, lo mismo que hoy, la de la sardina, designada con este mismo nombre en árabe hispánico. Grandes cantidades de este pescado entraban en las ciudades del interior, sobre todo en Córdoba. Según un cronista, en cierta ocasión al-Hakam II quiso saber la cantidad de sardinas que se vendían diariamente en su capital, y se calculó que la suma que producía cotidianamente dicha venta llegaba a la considerable cifra de veinte mil dinars (175). Aun teniéndola por muy exagerada, podemos darnos cuenta de que el pescado

(171) Véase, sobre todo, MACGARI, *Analectes*, I, págs. 90-91.

de mar, que evidentemente venía en salazón, contaba de modo importante en el abastecimiento de la metrópoli de al-Andalus, que hacía también gran consumo de sábalos, cuando estos peces remontaban los ríos y sus afluentes para desovar.

Apenas si los geógrafos árabes nos informan sobre la técnica de la pesca andaluza. Sin embargo, nos indican que producía mucho en la región de Málaga, en Almuñécar y en Bizilyana (Ventas de Bezmiliana), así como en la isla de Saltes, que proveía a Sevilla de pescado. Al-Bakrí nos da algunos detalles sobre la pesca del atún en la costa del distrito de Sidona, cuando en el mes de mayo pasaba este pez del Atlántico al Mediterráneo (176). Las pesquerías de atún en esta región no han cesado desde esa época de estar en actividad, y han sido a veces evocadas por la literatura novelesca del siglo de oro, particularmente las almadrabas de Zahara, puertecillo pesquero a unos 15 kilómetros al oeste de Tarifa (177).

Para terminar, digamos que en la costa atlántica había muchas pesquerías dedicadas a la búsqueda del ámbar gris, tanto en Setúbal como en el Algarve y en Sidona (178). En el Mediterráneo se pescaba también coral, por ejemplo, en Vera, no lejos de Almería (179).

CAPÍTULO V

EL DESARROLLO ECONÓMICO (1)

SUMARIO: I. Fuentes de la historia económica de al-Andalus. — La literatura geográfica. — La literatura técnica. — II. Instrumentos de la vida económica. — El sistema de pesas y medidas. — La moneda. — III. La agricultura. — Fisonomía agrícola de al-Andalus. — Procedimientos de explotación y contratos de colonato. — El cultivo de los cereales y los molinos. — La oleicultura y la viticultura. — Los cultivos de regadío y la arboricultura. — La ganadería y la flora espontánea. — El trabajo de los campos según el «Calendario de Córdoba». — IV. La explotación de los recursos naturales. — Las minas y la metalurgia. — La extracción de la sal y la pesca. — V. La producción industrial y los cambios. — La organización económica. — Los oficios urbanos. — Las industrias y el comercio de lujo. — El comercio de esclavos. — Las rutas del comercio y de la navegación.

I. FUENTES DE LA HISTORIA ECONÓMICA DE AL-ANDALUS

La literatura geográfica.

Durante el siglo del califato de Córdoba, y a la sombra de la pacificación completa de su territorio, alcanzó la España musulmana el grado más alto de su prosperidad económica. Todos los textos antiguos de que disponemos lo confirman, lo mismo si se trata de crónicas que de obras de geógrafos. Como los detalles que estos últimos nos suministran constituyen la parte esencial de nuestra información sobre la puesta en valor de al-Andalus y la explotación de sus recursos naturales durante el período más importante de su historia política, parece necesario examinar, aunque sea sin cargar la mano, esta literatura geográfica (2) e intentar una apreciación de su valor documental.

(1) BIBLIOGRAFÍA: Un detallado cuadro de la vida económica de la España califal dió ya LÉVI-PROVENÇAL, *Esp. mus. X^e siècle*, págs. 157-194 (resumido por AGUADO BLEYE, *Man. Hist. Esp.*, I, págs. 452-455, y L. G. DE VALDEAVELLANO, *Hist. de Esp.*, I, págs. 639-643, así como, en exposición muy parcial, por F. LOT, *Les invasions barbares et le peuplement de l'Europe*, Paris, 1937, páginas 55-61); a él remitiremos al lector para un cierto número de noticias y referencias que no nos ha parecido necesario reproducir aquí. Por otra parte, se consultarán con fruto los resultados de la investigación de CÉSAR E. DUBLER sobre los diversos aspectos de la vida económica de la Península Ibérica del siglo XI al XIII, publicada en el vol. 22 de *Romanica Helvetica*, Ginebra-Zürich, 1943; *Über das Wirtschaftsleben auf der Iberischen Halbinsel vom XI. zum XIII. Jahrhundert*; este interesante estudio, no obstante su carácter un poco demasiado sistemático, llega a la conclusión de que «la vida económica de la Península en la Edad Media queda determinada por las orientaciones: una, europea, que gravita en torno al camino de Santiago de Compostela, y otra, heredera de la economía anterior y de la cultura hispanomusulmana».

(2) Sobre la literatura geográfica relativa a la España musulmana, el trabajo más completo, a pesar de sus imperfecciones, sigue siendo el de J. ALEMANY BOLUFER, *La geografía de la Península Ibérica en los escritores árabes* (extractos de la *Rev. Centro Est. Hist. de Granada*, Granada, 1921). Este trabajo estuvo precedido de otro del mismo autor titulado *La geografía de la Península Ibérica en los textos de los escritores griegos y latinos* (extracto de la *R. A. B. M.*, Madrid, 1911), y guiado de otro, también del autor mismo. *La geografía de la Península Ibérica en los escritores*

Conforme a un orden cronológico, los primeros en conceder a España un hueco, por lo demás harto exiguo, son los itinerarios (*masalik*) (3). El más antiguo es obra de un bagdadí de origen persa, Ibn Jurdahbeh, contemporáneo del emir cordobés 'Abd al-Rahman II, y que dió a su obra el título de *Libro de los caminos y los reinos*. Este género de los *masalik* fué adoptado sucesivamente, en la segunda mitad del siglo IX, por al-Ya'qubí (4) (escribió en 891 = 278), Ibn al-Faqih al-Hamadhaní y 'Umar ibn Rusteh, contemporáneos del primero. El único interés de los descarnados informes de estos tres autores sobre la Península Ibérica radica en su misma antigüedad. En ellos, algunas noticias sobre el reparto étnico, los grandes ríos y los principales itinerarios alternan con rasgos legendarios, lo que nos permite inferir que hasta el siglo X la parte extrema del Occidente del mundo islámico era muy deficientemente conocida en los medios cultos del imperio 'abbasí.

A partir de la restauración en Córdoba del califato omeya, la documentación geográfica oriental se hace un poco más precisa, aunque sin perder todavía su carácter harto esquelético y generalmente monótono. Tres nombres son los que hay que citar: al-Istajrí, Ibn Hawqal y al-Maqdisí. El primero, muerto en 934 (322), hace, referentes a al-Andalus, algunas observaciones interesantes, en particular sobre los elementos de su población, los productos de algunas zonas de su suelo (por ejemplo, Elvira) y el comercio de esclavos, y, para terminar, da catorce itinerarios, de los cuales la mayoría tienen a Córdoba por punto de partida (5).

Ibn Hawqal (6) lleva a al-Istajrí la ventaja de haber visitado personalmente España por los días de 'Abd al-Rahman III y de haberse luego tomado el trabajo, cuando redactó su itinerario, de solicitar informes a los andaluces que pasaban por Oriente. En los capítulos precedentes habrá podido apreciarse el valor y el interés de ciertos detalles que suministra este geógrafo, especialmente en materia fiscal, aunque su simpatía, no disimulada, por los Fatimíes dé a algunos pasajes de su descripción de España un carácter parcial, cuando no difamatorio, por ejemplo, cuando pone en ridículo la falta de habilidad de los andaluces para montar a caballo o su inexperiencia en la guerra (7). No por eso deja de ser la pintura de España por Ibn Hawqal el primer ensayo de una descripción racional, al par nutrida y coherente, del reino omeya, de sus recursos principales, de su comercio e industria y de sus grandes vías de comunicación. En este sentido, ofrece un feliz contraste con los grises y precipitados datos de sus colegas orientales más antiguos.

cristianos desde San Isidoro hasta el siglo XIX (extracto de la *Rev. Centro Est. Hist. de Granada*, Granada, 1923). Véanse también las noticias biobibliográficas del *Ensayo* de PONS BOIGUES; los artículos dedicados a las diferentes regiones y ciudades de al-Andalus en la *Enc. Isl.*, y la introducción de LÉVI-PROVENÇAL, *La Péninsule Ibérique au Moyen Age*.

(3) Todos fueron publicados en la *Bibliotheca Geographorum Arabicorum*, editada en Leiden por el orientalista holandés M. J. DE GOEJE. Los pasajes referentes al Occidente han sido en estos últimos años editados y traducidos parcialmente por M. HADJ-SADOK. *Description du Maghreb et de l'Europe au III^e = XI^e siècles* (extractos de la *Rev. Centro Est. Hist. de Granada*, Granada, 1949).

(4) Véase LÉVI-PROVENÇAL, *op. cit.* (extractos de la *Rev. Centro Est. Hist. de Granada*, Granada, 1923).

Una calidad casi equivalente presentan, por último, las pocas páginas que, a fines del siglo x, dedica el viajero sirio al-Maqdisí (8) a la Península Ibérica en su monografía sobre los catorce «climas» que, a su juicio, constituían el conjunto del mundo islámico; pero no tuvo, como Ibn Hawqal, el privilegio de recorrer personalmente España y de poder describirla sin verse forzado a recurrir a informadores más o menos fidedignos. En todo caso, este geógrafo, espíritu curioso y metódico, tuvo el mérito de escoger a conciencia entre la documentación que tenía reunida, y de no retener más que lo mejor y lo inédito, aunque desgraciadamente el texto de su obra, tal como ha llegado a nosotros, está con frecuencia alterado. Al-Maqdisí, al revés que Ibn Hawqal, no presenta a al-Andalus a una luz desfavorable, y la objetividad y seriedad de su información dan a su cuadro del Occidente musulmán un valor que sería injusto querer rebajar, aunque a veces haya incurrido en el error de no distinguir las instituciones omeyas de las fatimíes contemporáneas. Sus observaciones sobre las escuelas jurídicas, la lengua, la metrología y el comercio de los eunucos negros y eslavos tienen especialmente el mayor interés, habida sobre todo cuenta de la remota época en que fueron redactadas.

Hay que deplorar la pérdida, que esperamos no sea definitiva, del texto árabe original de una descripción de la España musulmana, redactada en el país mismo, en tiempos de 'Abd al-Rahman III, por el célebre cronista Ahmad al-Razí (muerto en 955 = 344) (9), a modo de introducción para su gran historia de al-Andalus, que había de ser luego reemprendida y completada por su hijo 'Isa. Afortunadamente, ha sido ampliamente utilizada por los geógrafos posteriores, en especial por el oriental Yaqut (10) en su voluminoso repertorio toponímico, y además se nos ha conservado parcialmente en una adaptación castellana, publicada en 1852 por P. de Gayangos con el título de *Crónica del moro Rasis* (11). Esta adaptación procede de la retraducción española de una versión portuguesa, hoy perdida, hecha a instancias del rey Dionís de Portugal, a comienzos del siglo xiv, por un clérigo llamado Gil Peres (12). Pueden, pues, suponerse las numerosas dificultades que presenta la utilización de la descripción de al-Razí a través de estas sucesivas traducciones, que, sobre no ser muy fieles, han maltratado la mayoría de los nombres de lugar.

Más lamentable todavía, para nuestro conocimiento de la puesta en valor de España durante los siglos x y xi, es que hasta ahora no haya sido encontrada la parte andaluza de la obra geográfica de Abu 'Ubaid al-Bakrí, de la que no poseemos más que el comienzo y algunas citas que de ella hacen compilaciones posteriores (13) al autor, que murió en Córdoba el año 1094 (487), en el preciso momento de la intervención almorávid en la Península. Cuando se examina de cerca su descripción del Magrib y de Ifriqiya, que

(8) B. G. A., III, págs. 215-248. Cf. ALEMANY, *op. cit.*, págs. 35-44. Una edición y traducción parciales de las páginas de al-Maqdisí relativas al Magrib y a España han sido dadas por CH. PELLAT, *Description de l'Occident musulman au IV^e = X^e siècles*, Argel, 1950.

(9) ALEMANY, *op. cit.*, págs. 182-187.

(10) YACUT, *Ushuh al-Bihar*, ed. de Dozy y de Goeje, Leiden, 1889. Cf. ALEMANY, *op. cit.*, págs. 182-187.

(11) P. de GAYANGOS, *Crónica del moro Rasis*, Madrid, 1852.

(12) GIL PERES, *Crónica del moro Rasis*, Madrid, 1852.

(13) ALEMANY, *op. cit.*, págs. 182-187.

afortunadamente ha llegado a nosotros (14), y se aprecia el método, la curiosidad siempre despierta, la minuciosidad en los detalles y la seria información de este investigador experto, puede medirse la mina inapreciable de datos concretos, sacados de la vida real, que nos hubiera ofrecido la análoga descripción de Andalucía, cuya pérdida no compensa, a pesar del valor que queramos conceder a esta obra maestra, el extenso aunque demasiado tardío cuadro que sobre España (15) insertó el célebre al-Idrisí, por la segunda mitad del siglo xii, en su geografía, escrita en Palermo para el rey normando de Sicilia Roger II.

Un compilador magribí, Abu 'Abd Allah ibn 'Abd al-Mun'im al-Himyarí, que vivía en Ceuta durante la primera mitad del siglo xiv, y que, yuxtaponiendo extractos de escritores precedentes que casi nunca nombra, compuso un vasto repertorio histórico-geográfico del mundo musulmán, utilizó ampliamente, en sus noticias relativas a España y al Magrib, trozos de al-Bakrí y de al-Idrisí. Y mientras que los préstamos del segundo no aducen nada nuevo, a no ser a veces variantes o mejores lecturas del texto, los hechos a la parte perdida de la obra de al-Bakrí presentan, en cambio, un interés considerable, por permitimos reconstituir parcialmente dicha obra. Tales noticias andaluzas del repertorio de Ibn 'Abd al-Mun'im al-Himyarí, publicadas y traducidas en 1938 por el autor de estas páginas, son, por consiguiente, la base más sólida de nuestra información geográfica sobre la España califal, sus ciudades principales, bien caracterizadas, sus productos, sus recursos naturales y su actividad industrial; información que hay que unir a la que contienen ciertas citas de antiguos autores reproducidas en la gran geografía sobre la España musulmana que debemos a otro magribí del siglo xvii: al-Maqarí (16).

Al lado de esta literatura geográfica, cuya contextura acabamos de bosquejar a grandes rasgos, no podemos prescindir de utilizar, dado el fin que nos proponemos, toda una serie de obras de carácter técnico, de las que vamos a estudiar rápidamente las principales. La más antigua, y también la más preciosa, es el *Calendario de Córdoba del año 961* (17), cuyo texto árabe fué publicado por Dozy conforme a un manuscrito en caracteres hebreos, junto con una adaptación latina que parece ser más tardía. Este opúsculo, dedicado a al-Hakam II y al que hemos hecho alusión en el capítulo anterior (18), con-

La literatura técnica.

(14) Publicada y traducida por M. G. DE SLANE, *Description de l'Afrique septentrionale* (nueva ed., Argel, 1911, trad., Argel, 1913).

(15) *Description de l'Afrique et de l'Espagne*, ed. y trad. francesa por R. Dozy y M. J. DE GOEJE, Leiden, 1866; E. SAAVEDRA, *La geografía de España de Idrisi*, Madrid, 1889. Cf. ALEMANY, *op. cit.*, págs. 76-77. La parte española de la *Nuzhat al-mushtaq* del célebre geógrafo merecería una nueva edición crítica, que tuviese en cuenta las mejores lecturas que, en no pocos casos, ofrecen los manuscritos de su principal utilizador, Ibn 'Abd al-Mun'im al-Himyarí, y permitiese establecer una traducción más precisa y fiel que la de Dozy y de Goeje.

(16) Particularmente en el tomo I de la edición parcial publicada por Dozy y de Goeje, *Wright, Analectes sur l'histoire et la littérature des Arabes d'Espagne*, ed. de Dozy y de Goeje, Leiden, 1889. Cf. ALEMANY, *op. cit.*, págs. 182-187.

(17) Véase, sobre este documento, ALEMANY, *op. cit.*, págs. 182-187.

(18) Véase, sobre este documento, ALEMANY, *op. cit.*, págs. 182-187.

tiene, en forma abreviada, la materia de dos calendarios, al mismo tiempo astronómicos, meteorológicos y agrícolas, compuestos en la misma época por el secretario 'Arib ibn Sa'd, el continuador de la crónica de al-Tabarí —cuyo fragmento español, como no se habrá olvidado, contiene una información de capital importancia sobre el séquito palatino de 'Abd al-Rahman III—, y por el dignatario eclesiástico mozárabe Recemundo, alias Rabi' ibn Zaid, quien, como se recordará también, fué encargado por el mismo califa de misiones en Germania y Bizancio, y recibió el título de obispo de Elvira. Las partes árabe y latina del *Calendario de Córdoba* no siempre coinciden exactamente, y la segunda aporta, sobre todo, noticias de valor sobre la comunidad mozárabe de la capital, así como sobre sus iglesias y monasterios (19). Pero el interés principal de tal documento, que habremos de utilizar dentro de este capítulo para una ojeada de conjunto a la actividad rural en la España musulmana, reside ante todo en los datos que contiene sobre la vida de los campos y los trabajos de cada estación, agrupados por lo común bajo una misma rúbrica al fin de cada mes del calendario solar.

La vocación labradora de los andaluces se manifiesta igualmente, por lo menos a partir del siglo XI, en el desarrollo alcanzado en la Península por un género especial de literatura técnica: los tratados de agricultura (20) (de los cuales los más antiguos conocidos, como el del granadino al-Tignari, parecen continuar una tradición didáctica anterior y merecen un estudio y aprovechamiento más profundos) y los tratados de botánica práctica (21) que nos ofrecen un inventario de la flora silvestre o cultivada de la tierra andaluza sumamente extenso, al par que nos dan sobre ella un vocabulario, en árabe y romance, tan preciso como abundante (22).

Aun en un cuadro tan rápido no debemos pasar en silencio, dada su innegable importancia para la historia económica de la España musulmana, ciertos grupos de obras de literatura jurídica. Más arriba (23) hablamos de las colecciones de *nawazil*, algunas de las cuales, particularmente la que en la segunda mitad del siglo XI compiló Abu-l-Asbag 'Isa ibn Sahl, suplen a veces en cierto modo la falta de archivos, porque reproducen los cuestionarios que la autoridad central elevaba al Colegio de jurisconsultos, y no pocas de las *fatwas* que en ellos figuran nos aportan datos inapreciables sobre la vida social y la puesta en valor del país. Lo mismo ocurre con ciertos formularios de contratos, sobre todo en lo que respecta a la tecnología económica. Dos de ellos, compilados según fór-

(19) Véase *supra*, pág. 125.

(20) Sobre la literatura agronómica andaluza y los problemas que plantean la atribución de ciertos tratados y su recíproco parentesco, remitimos a la excelente exposición de E. GARCÍA GÓMEZ, *Sobre agricultura árabe-andaluza: cuestiones bibliográficas*, en *Al-Andalus*, X, 1945, págs. 127-146. En la misma revista hay que citar igualmente el artículo de C. E. DUBLER, *Posibles*

mulas del siglo X por Abu Muhammad al Qaisí e Ibn Qasim al-Chazirí, merecen especial mención (24), y ya se verá que a ellos hemos de referirnos más de una vez en las páginas siguientes.

Por su parte, los tratados de *hisba* compuestos en la misma España por magistrados que tenían a su cargo dicha función —o sea los *muhtasibs* o almotacenes—, para que sirvieran como de manuales a sus sucesores o a sus colegas de otras ciudades, constituyen también una fuente fundamental de nuestro conocimiento de la historia económica de al-Andalus. Es evidente que los dos manuales más antiguos del género (25) que han llegado a nosotros —el del sevillano Ibn 'Abdun y el de al-Saqatí de Málaga— son posteriores ambos al período califal e incluso al de las taifas. Es evidente asimismo que su principal fin es proponer reformas en las relaciones sociales y en la práctica de las transacciones, así como tratar de impedir el comercio doloso y determinados abusos más o menos tolerados. Pero, por encima de sus recriminaciones y de sus advertencias contra los procedimientos deshonestos, proyectan sobre la actividad comercial de las ciudades andaluzas de su época una luz muy intensa y hacen revivir ante nuestros ojos, mejor seguramente que todos los demás documentos, el espectáculo cotidiano de la calle, con sus animados zocos en los que se apretujan los parroquianos, con una visión de conjunto que vale ciertamente también para el siglo XI, e incluso para el X.

II. INSTRUMENTOS DE LA VIDA ECONÓMICA (26)

El sistema de pesos y medidas